

nia, frente al Cairo. Esta vez tenían los egipcios alguna artillería, pero los traidores Khair-beg y Berdi-Ghazali indicaron al sultán un camino para librarse de aquellas baterías. Faltóle poco, sin embargo, á Tumán para alcanzar la victoria á fuerza de valentía; había acordado con sus begs Alanbai y Kurtbai que, al frente de mamelucos escogidos, cubiertos de cotas de malla, irían derechamente contra el sultán para cogerlo muerto ó vivo. Tal fué el ímpetu de su carga que llegaron hasta los estandartes de la Puerta; pero allí tomaron por el sultán al gran visir Sinán-Bajá, que cayó muerto con otros dos dignatarios. Por tercera vez decidió el triunfo la artillería turca, y quedaron en el campo de batalla 25.000 mamelucos. El Cairo abrió sus puertas y el sultán dejó en él una guarnición.

Á los siete días Tumán sorprendió la ciudad y pasó á cuchillo á la guarnición. Después armó barricadas en las calles y mandó fortificar las casas y las mezquitas. Para volver á tomar el Cairo los otomanos tuvieron que dar una batalla que duró tres días y tres noches. Después de la victoria el sultán proclamó una amnistía general para los mamelucos. Ochocientos de éstos tuvieron la imprudencia de creer en tales promesas y fueron decapitados en la plaza Rumeila. También perecieron 50.000 habitantes.

Entretanto Tumán resistía valientemente más arriba del Cairo y ganaba una especie de victoria naval en el Nilo, frente á Gizeh. Selim, cansado de aquella guerra, le ofreció otra vez la paz en las mismas condiciones. De nuevo fué muerto su parlamentario. Selim correspondió á aquella violación del derecho de gentes degollando á 3.000 prisioneros. La resistencia habría podido prolongarse si Tumán, en vez de dirigirse al Alto Egipto, como hicieron los mamelucos adversarios de Bonaparte en 1799, no hubiera cometido la imprudencia de volver al Delta. Fué perseguido por el traidor Ghazali, abandonado por los beduinos, con cuyo auxilio creía contar, cercado por el mismo Selim y por todos sus generales, y entregado por el árabe Hasán-Meri, en cuya hospitalidad había confiado. «¡Loado sea Dios!» dijo Selim cuando supo tal captura. — Ya está conquistado Egipto.

» Llevado á presencia del sultán, el vencido demostró noble firmeza, y preguntó á Selim: «¿Cómo podrás justificar ante Dios tu injusta agresión?» Selim alegó el *fetua* de los ulemas. Entonces Tumán, señalando con el dedo á Khair-beg y á Ghazali, que asistían á la entrevista, exclamó: «Sultán de Rum, no eres tú el causante de la caída de nuestro imperio, sino estos traidores.» El *Inflexible* se sintió conmovido, y dijo á los concurrentes: «Sería poco generoso mandar matar á un hombre tan sincero y tan valiente.» Mandó que se tuviera preso al príncipe en la tienda de Ayas-Agá hasta la pacificación completa del país. Pero á los traidores no les convenía aquello y apostaron al paso de Selim á un hombre, que gritó: «¡Dé Dios la victoria al sultán Tumán-Bey!» Esto fué la sentencia de muerte del valiente príncipe, que fué ahorcado en la puerta Suceila el 13 de Abril de 1517. Después Selim le mandó sepultar con honores regios en el mausoleo de Kansu, repartió durante tres días grandes limosnas y mandó al *cadí-el-cudat* (cadí de los cadíes) del Cairo que rezase por su alma. Egipto conservó casi toda su antigua organización, sin exceptuar la milicia mameluca y sus veinticuatro begs, aunque éstos quedaron subordinados á un bajá que residía en la ciudadela del Cairo, y el primero de estos bajás fué el traidor Khair-beg.

La conquista de Egipto aseguraba á Selim la posesión del Yemen, dependencia egipcia. Entonces fué realmente el «servidor de las ciudades santas». Había descubierto en el Cairo á un jeque, un pobre hombre llamado El-Mostansir-bi-Allah, que era el décimo-octavo califa de la segunda rama de los Abbasidas. Selim le apresó y no le devolvió la libertad hasta haberle hecho firmar un acta auténtica, en la cual, á cambio de algún dinero y una pensión, le cedía todos sus derechos al califato. Agregó este título á todos los que tenía, pero el califa ya no era un anciano jeque necesitado: era el jefe del ejército más poderoso de que ha dispuesto el Islamismo.

ÚLTIMOS AÑOS DE SELIM. — La conquista de Egipto tuvo profunda resonancia en Occidente, principalmente en Italia, pues ponía á disposición de los turcos la principal rama del comercio de Venecia. Ésta se mostró más

rendida que nunca con el sultán, y envió al Cairo á Contarini y á Mocenigo á besar las ropas de Selim y á solicitar la renovación de las capitulaciones. Le prometió pagarle el tributo anual de 8.000 ducados que le pagaba al soldán por la isla de Chipre (1517). Hungría pidió la prórroga de la tregua y el shah Ismail le mandó felicitaciones y presentes.

Preparaba Selim una expedición contra Rodas, cuando murió, el 22 de Septiembre de 1520, á los 54 años. Su reinado no duró más que ocho años (de 1512 á 1520), pero, según frase del poeta y juez Kemal-Bajá-Zadé, «había hecho Selim en poco tiempo grandes cosas y sus laureles cubrieron la tierra con su sombra».

## II.—Solimán el Magnífico

CARÁCTER DE SOLIMÁN (1). — Como Solimán era hijo único de Selim I, no tuvo que mancharse las manos con sangre fraterna (2). Por lo demás, había nacido bajo los auspicios más favorables. Tenía uno de los nombres más venerados del Oriente, el del gran rey Salomón. Era el décimo sultán de los turcos, había nacido en el siglo décimo de la Hegira, y el número diez lo consideran excelente los orientales. Para los historiadores turcos Solimán es el «dominador de su siglo», «el que ostenta el número diez». Su reinado de cuarenta y seis años (1520-1566) es el más largo é importante de la historia otomana. Contemporáneo de Francisco I y Enrique II, de Carlos V y Felipe II, de León X y de Lutero, Solimán actuó en plena luz y en pleno esplendor del Renacimiento europeo; dió que hacer á las plumas de los más famosos escritores y de los más hábiles embajadores venecianos. Pablo Veronés, en sus *Bodas de Cudá*, lo pintó sentado á la

mesa con los soberanos más célebres de su tiempo. Los europeos le dieron los sobrenombres de *Grande* y *Magnífico*.

Era guapo, de salud robusta, que le permitió resistir las fatigas de diez y seis campañas, de entendimiento despierto, muy instruido y poeta brillante. Así como la mayor parte de sus sucesores salieron de la reclusión del harén ó del serrallo para ocupar el trono, él poseía á su advenimiento la práctica de los negocios; en vida de su abuelo había sido gobernador de Kaffa, y mientras gobernó su padre no se le excluyó del consejo ni del campamento. No pasó mucho tiempo en la situación de heredero presunto, puesto que su padre no reinó más que ocho años. Todo le sonreía, y por eso se nos presenta más humano, de naturaleza más clemente y generosa que la mayor parte de los sultanes. No prodigó los suplicios como Selim. El cargo de gran visir dejó de ser terrible. Sin embargo, á veces se despertaban en él la perfidia y ferocidad naturales. Bien se vió cuando Ibrahim, su gran visir favorito, fué entregado al cordón de los mudos, y cuando en más de una ocasión dictó matanzas de prisioneros.

PRINCIPIO DEL REINADO. — Solimán tuvo también la suerte de que no perturbara el principio de su reinado ninguna de aquellas revueltas que trastornaban el imperio á cada cambio de soberano. Los genizaros no se mostraron muy insolentes al reclamar el alboroque del feliz advenimiento. El Asia seldjukida ó turcomana se mostró relativamente pacífica, no se tuvo que castigar más que al príncipe Sulkadr, cuyos Estados se anexionaron al imperio. Egipto, recién conquistado, no dió nada que hacer, salvo una rebelión prontamente domada del traidor Berdi-Ghazali, que fué muerto en Damasco. Khair-beg seguía fiel al sultán, pero poco después del trágico fin de su cómplice le entró una gran tristeza, y murió. Desde entonces los bajás de Egipto fueron turcos (1).

Solimán se vió en franquía para acometer las dos grandes empresas cuyo éxito había

(1) Con más exactitud Suleimán, pero respetamos la ortografía consagrada por el uso. Muchos historiadores le llaman Suleimán II, pero equivocadamente, pues como el primer Suleimán, conquistador de Gallipoli en 1536, murió antes que su padre Ukhán, no se le puede incluir en la serie de los soberanos turcos. Otro Suleimán, rival de Mohammed I, no ha sido considerado nunca por los otomanos como sultán, sino como mero pretendiente. Cuando los historiadores turcos llaman Solimán II al hijo de Selim, es porque consideran como Solimán I á Salomón, hijo de David, rey de los judíos.

(2) Más adelante, después de la toma de Rodas, mandó matar á Murad (hijo del desventurado Djen), que se había refugiado entre los caballeros.

(1) Precisamente fué un bajá turco, llamado Akmet, el que estuvo á punto de librar á Egipto de la soberanía del imperio, y usurpó el título de sultán. Traicionado por uno de los tres visires que había nombrado, fué entregado y decapitado el año 1524.



de ensanchar el imperio hasta más allá del Danubio y extender las escuadras otomanas por todo el Mediterráneo: el sitio de Belgrado, en que fracasaron Mohammed y Bayezid II, y el de aquella fortaleza de Rodas que también había frustrado las esperanzas del Conquistador.

**TOMA DE BELGRADO.**—Los húngaros le proporcionaron el pretexto para la guerra; el chauch Behramt, enviado á su rey para reclamar el tributo, fué insultado y muerto. Akmet, beglierbeg de Rumelia, tomó á Chabatz (8 de Julio de 1521); el gran visir Piri conquistó á Semlin (27 de Julio). De aquel modo se encontraron libres de estorbos las cercanías de Belgrado y bloqueada la ciudad. El sitio empezó al llegar el sultán. La defección de los auxiliares servios y búlgaros dejó á la guarnición húngara entregada á sus propias fuerzas. Había rechazado veinte asaltos, y no contaba más que con 400 hombres útiles, cuando un motín de los habitantes servios la obligó á capitular (29 de Agosto). Solimán rezó la oración del viernes en la catedral de Belgrado, consagrando así su transformación en mezquita. Consecuencia de la caída de Belgrado fué la de las demás fortalezas de Sirmia; como Słankemen, Mitrovitsa, Karlowitz, Illok, etc. La frontera otomana se ensanchó hasta el Danubio y el Drave.

**TOMA DE RODAS.**—El otro freno que sujetaba hasta entonces al imperio era Rodas. Centro de la cruzada, centro de la resistencia, centro de la piratería cristiana en el mar Egeo, barrera del camino marítimo de Constantinopla á Egipto, amenaza incesante para Siria; ó Rodas tenía que sucumbir ó el imperio otomano había de renunciar á ser potencia marítima. Selim I había pensado en tal empresa y la había preparado. Gracias al terror que inspiraba á sus ministros, se había creado una marina, se habían puesto á flote 150 navíos, se habían almacenado provisiones inmensas.

Solimán heredó aquella marina nueva, aquella acumulación de medios. Conformándose con el precepto del Corán, que manda avisar al enemigo á quien hay que atacar, mandó llevar al gran maestro Villiers de l'Isle-Adam una carta en que le intimaba á rendir la fortaleza, comprometiéndose, en

tal caso, á respetar la libertad y bienes de los caballeros. El gran maestro se negó, y 300 buques desembarcaron en la isla á 10.000 soldados ó gastadores á las órdenes del visir Mustafá. El sultán llevó 100.000 hombres á la vecina costa asiática. El castillo de Haleke (Chalki), en el extremo occidental de la isla, fué minado y tomado. El 20 de Julio de 1522 Solimán desembarcó. L'Isle-Adam había dejado en libertad la fortaleza con el incendio de los pueblos vecinos, acogiendo á los habitantes para emplearlos en la reparación de las brechas, distribuyendo los puestos de combate á los caballeros de las ocho lenguas (francesa, alemana, inglesa, española, portuguesa, italiana, auvernesa y provenzal); cada idioma tenía su baluarte. El 1.º de Agosto cien piezas turcas, doce de ellas colosales, abrieron el cañoneo. En Septiembre el baluarte alemán y el inglés estuvieron á punto de caer. El 24 el ejército turco recibió la orden de un asalto general. «La piedra y el territorio serán del sultán, la sangre y los bienes del habitante serán del soldado vencedor.» El asalto fué rechazado con una pérdida de 15.000 hombres. Siguiéron otros no menos mortales. En Noviembre las pérdidas de los turcos se calculaban en 100.000 hombres por el fuego ó las enfermedades. Pero la situación de los sitiados ya no era tolerable: todos los baluartes estaban ya derruidos y minados. Los sitiados no eran ya más que un puñado de hombres que carecían de municiones. El gran maestro y el cabildo se resignaron á capitular (21 de Diciembre). Se convino en conceder doce días á los caballeros para salir de la isla; que el sultán proporcionara los buques; que el ejército turco, hasta el plazo fijado, se retirara á una milla; que se respetaría el culto y las iglesias de los súbditos cristianos. Pero cinco días después del tratado los genizaros forzaron la puerta Cosquiniana, saquearon la ciudad y profanaron la iglesia de San Juan; desde lo alto del campanario los almuédanos llamaron á los creyentes para la oración. De modo que después de la capitulación hubo una especie de toma de la ciudad. El sultán no abusó de esta ventaja, pero hizo ofrecer al gran maestro un plazo más largo para la evacuación. Le dió audiencia dos veces, le

visitó en el palacio de los caballeros, le trató cortésmente, tratando de consolarle y recordándole que era suerte de los príncipes perder ciudades y reinos. Le decía á su favorito Ibrahim: «Mucha pena me da obligar á este cristiano á abandonar en su vejez su casa y sus bienes» (1.º de Enero de 1523).

**CAMPAÑAS CONTRA PERSIA.**—Con la toma de Belgrado y Rodas quedaban abiertos todos los caminos de Occidente. Sin embargo, como Solimán, durante todo su reinado, anduvo constantemente distraído de los negocios europeos por los acontecimientos de Asia, empezaremos por exponer sin interrupción las campañas contra Persia.

Solimán era un sunnita tan celoso como su padre, y como éste, también odiaba á los chiitas. Á las felicitaciones tardías del shah Tamasp, sucesor de Ismail, contestó Solimán con la matanza de los prisioneros persas detenidos en Gallípoli, á quienes había perdonado Selim el Feroz. Nuevos agravios se sumaron con los que ambos príncipes sentían ya uno contra otro. Cherif-beg, gobernador otomano de Bidlés, se había entregado al shah con su ciudad. Ulama, gobernador persa de Bagdad, había enviado al sultán las llaves de esta ciudad. Solimán I encargó que la tomara al gran visir Ibrahim. La fuerza de las armas y las defecciones entregaron á Ibrahim las plazas situadas alrededor del lago Van. Volvió á ocupar á Tauris (13 de Julio de 1534), y acabó la conquista del Azerbaídjan. Entonces se le unió un ejército man-

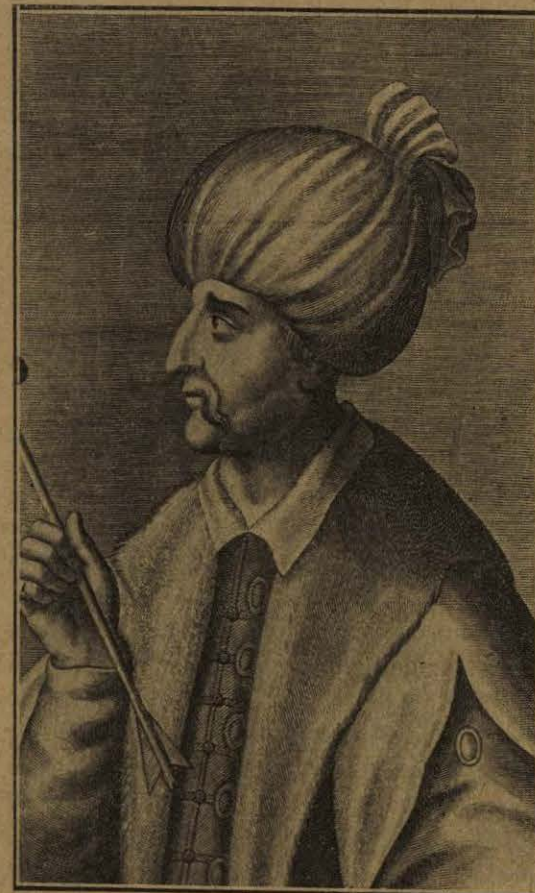
dato personalmente por el sultán. Sometiéronse los príncipes de Ghilan, de Chirvan y otros vasallos del shah. Salieron los turcos para Bagdad por los desfiladeros del Elvend (Oronte). Tan penosas fueron las etapas, que hubo que quemar coches de artillería y enterrar cañones. El gran visir tomó la delantera para recibir la sumisión de Bagdad y

cerrar sus puertas para que no saquearan la ciudad los genizaros y los azabs. El sultán entró en la antigua capital de los califas en Enero de 1535.

No volvió á aparecer por las puertas de Persia hasta pasados trece años (1548). Durante este intervalo el shah Tamasp había vuelto á ocupar las regiones del lago Van. Solimán volvió á apoderarse de Tauris y Van, y sostuvo contra Tamasp á Elkass, hermano de éste, que llevó sus incursiones hasta Ispahán. Tomó veinte castillos en Georgia y regresó á Constantinopla en Diciembre de 1549.

Á los cinco años nuevos ataques de los persas contra los países conquistados obligaron al sultán á repetir una campaña en Asia. En 1554 invadió la Armenia persa, tomó á Nakhitchevan, Erivan y Karabagh. Estas victorias produjeron la paz de Amasia (29 de Mayo de 1555), la primera firmada entre la Turquía ortodoxa y la Persia herética. Aquello era el restablecimiento del *statu quo ante bellum*.

Fué definitiva la conquista de Mesopotamia y Babilonia, países llanos, desde las campañas de Selim y de 1534, pero no ocu-



Solimán



rió lo mismo con las regiones montañosas de Armenia, Azerbaidjan y Kurdistán. No se podían conservar más que dando en feudo las ciudades y castillos á vasallos, generalmente á jefes indígenas. Y como, fieles á sus antiguas costumbres de anarquía, las familias rivales ó los príncipes de la misma familia se disputaban los picos ó los valles, los feudatarios nombrados por el sultán trasladaban por capricho su homenaje del sultán al shah ó recíprocamente. La pequeña guerra de escaramuzas ó de sitios se perpetraba durante los intervalos de las grandes guerras turco-persas. El imperio turco tuvo que renunciar de hecho al Azerbaidjan, á la mitad de Armenia y al Kurdistán.

ACCIÓN EN EL MAR ROJO Y EN EL INDOSTÁN.—En cambio la dominación turca estaba firmemente consolidada en el Chat-el-Arab, formado por la reunión del Eufrates y el Tigris. Por el puerto de Bassora (Bassora) en este río, por el puerto de Suez en Egipto, la acción de Turquía se extendía por el mar Rojo, el golfo Pérsico y el mar de las Indias. Ya en 1526 el capitán Selmán-Reis recorrió el mar Rojo, castigó á los corsarios árabes, afirmó la soberanía del sultán sobre las ciudades santas de Arabia y sobre el Yemen. El eunuco Suleimán, gobernador de Egipto, organizó en Suez una escuadra de 80 velas (1538). A den fué ocupado. Entonces Turquía pudo extender su esfera de acción hasta el Indostán. En 1538 se presentaron en Constanthopla un príncipe indio, hijo del sultán Iskander de Delhi, en guerra entonces con el Gran Mogol Humayún, y un embajador de Bahadur, príncipe de Guzarati, á quien acababan de quitar los portugueses la ciudad de Din. Solimán mandó al bajá de Egipto que armara una escuadra para recuperar la ciudad. Antes de terminar los armamentos se supo que los portugueses acababan de matar á Bahadur. Los tesoros que este príncipe había depositado en la Meca, 300 arcas Constantinopla. En 1547 Solimán recibió á un embajador de Ala-ed-Din, otro príncipe musulmán de la India que venía á implorar apoyo contra los portugueses. En 1551 Piri-Reis paseaba el pabellón otomano por los mares de Asia, tomaba á Mascate, en la costa

de Omán, y sitiaba á Ormuz. Su sucesor Murad, frente á esta isla, libraba batalla con los portugueses y la perdía. En 1553 Sidi Ali, apellidado Kathi el Rumi, perdió otra contra ellos en Bassora y se refugió en los puertos de Guzarati. En 1563 vino una embajada del rey de Assi, que pedía contra ellos auxilios de artillería. Así, en el mar de las Indias como en el Mediterráneo, el imperio otomano se encontraba en contacto con los cristianos de la península ibérica. Y como el rey de Persia había implorado contra el sultán el apoyo de Carlos V (desde el 6 de Octubre de 1518), la contienda entre Francisco I y los Habsburgo trastornaba al mundo entero hasta el Afghanistan y la India.

Por lo demás, el negocio principal de Solimán no fué Egipto, ni Arabia, ni Persia, ni el Indostán: fué la lucha contra el rey de Hungría, el emperador alemán y sus aliados.

### III.—Solimán y Francisco I

LA INTELIGENCIA CON FRANCIA.—Nada podía parecer más paradójico en el primer cuarto del siglo XVI que un acuerdo entre Francia, hija mayor de la Iglesia, y Turquía, la última y más tremenda encarnación del Islamismo: era «la unión sacrilega de la flor de lis y de la media luna». El rey Cristianísimo había estado siempre á la cabeza de todos los proyectos para la cruzada. En tiempo de Carlos VI se había presenciado la cabalgata trágica de Nicópolis. Carlos VIII había soñado con la conquista de Estambul. Luis XII, en 1510, había mandado predicar la guerra santa en la dieta de Augsburgo. Francisco I, inmediatamente después de Marignán y de su reconciliación con León X, había entrado en el proyecto de una gran cruzada contra todas las potencias de Occidente. Jacobo de Escocia, Carlos de España, Manuel de Portugal, Segismundo de Polonia, Luis de Hungría, Cristian de Dinamarca, los Médicis de Florencia, las Repúblicas de Venecia y Génova y los caballeros de Rodas. No aspiraba á la corona imperial más que para ser el jefe reconocido de la cruzada. Le decía á Tomás Baylen: «Si me eligen, dentro de tres años estaré en Constantinopla ó habrá muerto.»

La elección de Carlos V entró aquel celo desmesurado. En Carlos V se verificó una mudanza no menos singular: temiendo la hostilidad de Francia, fué el primero en intentar una inteligencia con los turcos; los venecianos tuvieron que recordarle su misión de emperador. Entonces se acentuó la evolución inconsciente al principio de Francisco I. Si había fuera de Francia una institución francesa, era con seguridad la Orden Hospitallería, que se componía principalmente de franceses; el gran maestre era entonces un Isle-Adam, y correspondía asiduamente con Francisco I, sin llamarle nunca más que «rey y mi soberano señor». Para el rey la fortaleza de la Orden era «su buena ciudad de Rodas». Sin embargo, después de la toma de Rodas, no fué Francia quien tomó bajo su protección la Orden vencida; primero fué el papa holandés Adriano VI, y después el emperador austríaco. Este los recogió en su isla de Malta, y bajo su tutela se reconstituyó este otro baluarte insular de la cristiandad.

El 24 de Febrero de 1525 fué vencido y hecho prisionero Francisco I en Pavía. Los protestantes de Alemania bajaban la cabeza aterrados, los Estados italianos se sentían á merced del más fuerte, la Inglaterra de Enrique VIII se arrastraba á los pies del vencedor. La alianza turca, la guerra turca, con todas sus ferocidades, era la única que podría restablecer el equilibrio europeo. ¿A quién se le ocurrió primero en Francia este remedio heroico y atroz? Se ignora si fué á Francisco I ó á su madre, la regente Luisa; lo cierto es que la primera misión francesa á Turquía fué enviada inmediatamente después de Pavía. No se conoce el nombre del delegado. Le llevaba al sultán una carta y el anillo de Francisco I. Al pasar por Bosnia fué degollado con sus doce compañeros. Parece que los papeles y el anillo fueron recogidos y enviados á Constantinopla. Más adelante el gran visir Ibrahim, conversando con los enviados húngaros, les enseñaba un rubí que llevaba en un dedo, y les decía: «Este rubí estaba en la mano derecha del rey de Francia cuando cayó prisionero, y lo he comprado.» Otro enviado, llamado Juan Frangipani, fué más afortunado y entregó una carta del rey de Francia al sultán.

La petición de socorro, fuera dirigida la primera carta por la reina madre ó por el rey, no dejó de llegar á manos de Solimán. Ibrahim declaró que determinó la invasión del sultán en Hungría, y Solak-Zede nos dice: «El gran Padishah, lleno de misericordia, resolvió hacer la guerra á aquel Carlos que tiene tan malas disposiciones.» Así lo afirma también Kemal.

La respuesta del sultán fué espléndida de generosidad y de orgullo: «Tú que eres francés y rey del país de Francia has enviado á la Sublime Puerta, asilo de los soberanos, á tu fiel agente Frangipani... Has manifestado que el enemigo se ha apoderado de tu país y que estás ahora en la cárcel y has pedido ayuda y socorro para libertarte. Mi ciencia imperial ha abarcado cuanto has dicho y expuesto al pie de mi trono, refugio del mundo. No es cosa inaudita que haya emperadores derrotados que caigan prisioneros; cobras áhimos y no te dejes abatir. Nuestros gloriosos antepasados (¡Dios ilumine su sepulcro!) nunca han dejado de guerrear para rechazar al enemigo y conquistar tierras. También hemos seguido sus huellas y estamos noche y día con el caballo ensillado y el sable ceñido.»

BATALLA DE MONÁOS.—El 23 de Abril de 1526 «habiéndose decidido el sultán afortunado á atacar al jefe maldito de los infieles y á dar la batalla á este adversario lleno de odio» (Kemal) dejaba su campamento con 100.000 hombres y 300 bocas de fuego. Mientras recorrían las provincias otomanas, el saqueo quedó rigurosamente prohibido «y se decapitó á varios spahis por haber dejado parecer á sus caballos en las mieses». El 18 de Julio fué conquistada la ciudad de Peter-Varadin y la ciudadela, á los pocos días. Cayeron las plazas de Sirmia una tras otra. Plók fué entregada por los habitantes, á pesar de la guarnición. Se echó sobre el Drave, junto á Essek, un puente de 294 varas y la ciudad fué saqueada y quemada. Se llegó á la llanura pantanosa de Mohács, donde estaba en orden de batalla el ejército húngaro (28 de Agosto de 1526). Su fuerza residía especialmente en la caballería. Mandaban la primera línea Pedro Pereny y el obispo Pablo Tomori, y la segunda el joven rey Luis de Hungría.



La primera línea de caballería húngara rompió la vanguardia otomana y después las tropas de Anatolia mandadas por el gran visir y las arrojó sobre los anatolios del beglierbeg Behram. Cargaron entonces contra ella á derecha é izquierda los *akindji* (caballería irregular), y tuvo que fraccionarse para resistir al doble ataque. La segunda línea húngara rompió el ejército de Anatolia. El valiente Marczali, al frente de 34 jinetes, que habían jurado coger al sultán ó perecer, se abrió paso casi hasta Solimán. Éste vió caer á muchos de sus guardias á su alrededor, y debió la vida á su coraza, contra la cual no pudieron flechas ni lanzas. La caballería húngara, como abismada en el centro del ejército turco, fué á tropezar con las baterías cuyos cañones estaban encadenados entre sí y defendidos por numerosos arcabuceros. Fué atajada á diez pasos por una serie de descargas fulminantes; los genizaros, los azabs, los *akindji* acabaron la victoria. «Los intrépidos musulmanes, que hicieron volver la espalda á sus enemigos, transformaron para ellos la claridad del día en espesas tinieblas. Los precipitaban en el pozo del infierno por grupos de cincuenta ó ciento, entregando á los unos como pasto al león de la espada, convirtiendo á otros en blanco de la flecha destructora» (Kemal). Los húngaros, rotos y desbandados, trataban de huir por doquiera; parte de ellos se sumió y parte se ahogó en los pantanos, entre éstos el joven Luis de Hungría. La batalla había durado dos horas. Los *defterdars* (secretarios) del ejército turco echaron la cuenta de las pérdidas húngaras, que resultaron ser de 20.000 infantes y 4.000 jinetes. Además fueron ajusticiados 4.000 prisioneros.

TOMA DE BUDA.—El ejército victorioso prosiguió su marcha sobre Buda (ú Ofen), capital del reino, que desde las alturas de la orilla derecha domina á Pest y la ribera izquierda del Danubio. El 19 de Septiembre llegaba Solimán ante la ciudad regia, cuyos notables se apresuraron á entregarle las llaves. Prohibió á sus soldados el pillaje y el mal trato á los habitantes. Se instaló en el castillo real, «cuyas murallas se elevaban hasta las constelaciones, y cuyas torres tocaban con su orgullosa frente la bóveda azul

del cielo» (Kemal). Solimán mandó embarcar para Constantinopla (sin olvidar los cañones enormes que Mohammed II había perdido ante Belgrado) las estatuas de bronce de Hércules, Diana y Apolo, que adornaban el palacio, y, por último, los tesoros del rey y la biblioteca de Matías Corvin. Mandó echar sobre el Danubio un inmenso puente de madera y se dirigió á Pest. Allí dió audiencia á los nobles de Hungría y les prometió dar el trono á Juan Zapolya. Entretanto los irregulares trataban á Hungría á sangre y fuego. En Fünfkirchen, que había abierto sus puertas, hubo gran matanza. En Moroth tomaron el castillo y la muralla de carruatos que servían de asilo á los habitantes; dícese que perecieron allí tantos húngaros como en Mohács. Otra matanza ensangrentó á Bacs, cuyos habitantes se defendieron todo un día en la iglesia y el campo atrincherado entre Bacs y Peter-Varadin. Los irregulares cogían cautivos á decenas de millares y carneros á centenares de miles. Las únicas que resistieron fueron la fortaleza de Vychegrad, donde se conservaba la corona de Hungría, y la de Gran.

HUNGRÍA DISPUTADA; FERNANDO DE AUSTRIA Y JUAN ZAPOLYA.—Abrumada y casi suprimida Hungría, quedaban abiertos á la invasión otomana los dominios hereditarios de Austria y hasta la propia Alemania. La tremenda derrota de Mohács en vez de tranquilizar á Francisco I le intimidó. No se atrevía á confesar sus tratos con el formidable aliado. Mientras Carlos V le denunciaba ante Europa como cómplice de los turcos, trataba Francisco, en sus misivas á los Estados alemanes, de echar la culpa á su rival (1). Por una parte temía Francisco I por la integridad de Bohemia y Polonia, Estados amigos de Francia y baluartes de la cristiandad; encargó, pues, á Antonio Rincón, tránsito español y agente diplomático habilísimo, que visitara á los reyes de ambos países; por otra parte, y por mediación del mismo Rincón, entabló tratos con Juan Zapolya.

(1) «Carlos ha rechazado condiciones de paz honrosas: ni las calamidades públicas, ni la muerte de su cuñado, el rey Luis, ni los infortunios de su hermana, la desventurada viuda, logran conmovérle... Habríamos podido rechazar al infiel reuniendo todas nuestras fuerzas, sólo con que el emperador hubiera querido.»

Los bandos desgarraban á Hungría; para aquel reino, cuya capital había tomado Solimán, había á la sazón dos pretendientes: Fernando de Austria y Juan Zapolya. Éste se presentaba como elegido por los señores de Transilvania y de la Hungría occidental. La dieta de los Presburgo le condenó como usurpador, y proclamó á Fernando único rey legítimo (Diciembre de 1526). Vencido Zapolya en Tokay (1527), rechazado en Transilvania, encargó á Rincón que implorase en su favor el auxilio del rey de Polonia, y por conducto de Jerónimo Lasczky, palatino de Siradia, hizo solicitar en Constantinopla la ayuda del sultán. Lasczky tuvo que empezar por soportar la altanería del gran visir Ibrahim (Diciembre de 1527) (1). Sin embargo, Solimán consintió en darle audiencia (27 de Enero de 1528), y le dijo: «Acepto con gusto la adhesión de tu amo; hasta ahora nunca le ha pertenecido realmente su reinado; es mío, por derecho de conquista y por mi sable. Pero en recompensa de su adhesión á mi persona, no sólo le cederé á Hungría, sino que lo protegeré tan eficazmente contra Fernando de Austria, que podrá dormir con tranquilidad.» Desde entonces fué tratado Zapolya en Constantinopla como rey de Hungría y autorizado á llamar *padre* al sultán. Solimán prometió salir personalmente y con todas sus fuerzas contra sus enemigos. Lasczky juró «por Dios vivo y por Jesús Redentor, que también es Dios», que su amo sería amigo de los amigos de Solimán y enemigo de sus enemigos. El tratado de alianza ó vasallaje se firmó el 29 de Febrero de 1528. Por otra parte, Zapolya, en los tratados de París (28 de Octubre de 1528) y de Buda (1.º de Septiembre de 1529), contraía alianza con el rey de Francia y consentía en declarar heredero suyo al hijo segundo de éste, Enrique de Orleans, futuro Enrique II.

Fernando trató también de conseguir el apoyo del sultán, y le mandó embajadores, solicitando la restitución de los países con-

quistados á Hungría. «¿Y por qué no Constantinopla también?», dijo el gran visir. Irritado el sultán, los tuvo nueve meses prisioneros y luego les dió libertad con esta declaración: «Decid á vuestro amo que se prepare á recibir nuestra visita.»

SITIO DE VIENA.—El 10 de Mayo de 1529 Solimán se puso en marcha para su tercera campaña de Hungría. En el campo fúnebre de Mohács recibió el homenaje de Juan Zapolya, al frente de 6.000 jinetes. Solimán lo recibió en una tienda magnífica, con gran pompa, sentado en su trono; se levantó, no obstante, al acercarse Zapolya, dió tres pasos hacia él, le dió á besar su mano y lo sentó á su derecha.

El 9 de Septiembre fué Buda reconquistada á los austriacos y pasada á cuchillo la guarnición alemana. Á los siete días Zapolya fué colocado solemnemente en el trono de Hungría, pero por un oficial de segundo orden.

Los *akindji* habían llegado ya en sus incursiones hasta las puertas de Viena. El 20 de Noviembre el sultán acampó en el pueblo de Scemring, ante los muros de la capital, que fué inmediatamente cercada, y hasta el río fué ocupado por una escuadrilla de 800 buques pequeños. Contra los 250.000 combatientes y los 300 cañones de Solimán la plaza no estaba defendida más que por 16.000 hombres y 72 piezas de artillería. Allí había austriacos, checos, alemanes, españoles y burgueses de Viena. Sus jefes eran el palatino Felipe, duque de Baviera, el conde Nicolás de Salm, el barón de Roggen-dorf, Pablo Bakicz y Juan Katzianer. Las defensas de Viena no se componían entonces más que de una muralla de seis pies de espesor sin baluartes. Los jefes de los sitiados compensaron todas sus inferioridades á fuerza de energía y habilidad. Las minas de los turcos fueron contra-minadas, las brechas abiertas por su artillería se cerraban por la noche, se hacían salidas afortunadas y se rechazaron veinte asaltos. La aproximación del invierno entristecía, á los genizaros y alarmaba al sultán. Finalmente, en la noche del 14 al 15 de Octubre, después del último asalto, dió Solimán la señal de la retirada, que empezó con la matanza de millares de

(1) Ibrahim le dijo: «¿Por qué no ha pedido antes tu amo al sultán la corona de Hungría? El segundo visir Mustafá le humilló más todavía: «¿Cómo se ha atrevido tu señor á entrar en Buda, pisada por las patas del caballo del sultán, y en el castillo real, conservado sólo para cuando regrese nuestro amo?... ¿Y te vienes sin tributo, de parte de uno de sus vasallos? ¿Te atreves, mensajero de los feudos de Transilvania, á llamar al sultán *padre* de un príncipe tan insignificante como el tuyo?»